

EL ASALTO AL PALACIO DE LA MONCLOA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

DIVISION y enfrentamientos en Galicia, Las Palmas, Badajoz, Valencia, el Congreso de Diputados y el Senado se han sucedido y suceden con velocidad de vértigo en menos de treinta días. Tras un mes de calma chicha, el que transcurre desde la defenestración de Fuentes Quintana hasta la mencionada intervención presidencial en las Cortes, súbitamente han estallado al unísono todas las contradicciones internas de Unión de Centro Democrático: azules contra demócratas, liberales frente a socialdemócratas, conservadores y progresistas, democristianos "versus" laicos; mezclado todo ello con las múltiples pugnas a nivel regional y personal en la que se enfrentan entre sí los beneficiados del poder por distribuirse la tasa de plusvalía particular y todo este bloque conjunto con los que no han llegado a disfrutar ningún tipo de prebendas. Es decir, se trata tanto de una lucha política como de unos intereses en el sentido más estricto del término.

Aunque aún no hay una relación oficial a esta verdadera fronda parece ser que la respuesta del presidente del Gobierno va a ser de tipo técnico, creando algún nuevo organismo coordinador o nombrando un comisario político —se habla de Landelino Lavilla— que cumpla las mismas tareas que en la primavera anterior cumplió Calvo-Sotelo. Medidas que, de confirmarse, no resolverían el problema de fondo político con el que se enfrenta el partido gubernamental. Porque la principal interrogante de esta crisis concreta es averiguar la razón de que sea precisamente aquí y ahora que UCD vuelva a vivir el estado de tensión crítica que vivió nada más firmarse los pactos de la Moncloa. Ya que no deja de ser sintomático que el ambiente de hoy reproduzca con una enorme fidelidad la situación reinante hace tan sólo seis meses. Y que el intervalo pacífico, o al menos no beligerante, haya coincidido precisamente con el momento y hora en que la UCD se doblegaba ante la enorme presión del bloque social de la derecha para aplicar los pactos de la Moncloa en una dirección unilateral y con una determinada orientación social que corresponde a unos intereses bien definidos y concretos.

Desde que el pasado 5 de abril Adolfo Suárez, en su intervención ante el Pleno del Congreso de Diputados para explicar las causas de la crisis político-económica que habían provocado la remodelación del equipo gubernamental, que no explicó, mostró su negativa a reflejar políticamente el giro a la derecha que había iniciado desde comienzos de año y que motivó la dimisión del profesor Fuentes Quintana, empezaron a producirse una serie de hechos críticos en el seno de UCD que retrotraían el partido gubernamental a los tiempos anteriores al Decreto de unificación de la primera quincena de diciembre.

El telón de fondo de una crisis permanente

De ahí que sea todo un dato muy importante que la pugna rebrote desde el mismo día que Adolfo Suárez se niega a culminar el giro a la derecha que había iniciado y desarrollado durante los tres primeros meses del año. Así, la victoria que habían obtenido estos poderosos círculos, la dimisión del profesor Fuentes Quintana, si no pírica, sí se quedaba en incompleta e imparcial. Es decir, el 5 de abril no se culminaba políticamente el viraje económico que se había dado treinta días antes.

Es precisamente aquella crisis, sobre la que no existe todavía una versión oficial, la que se encuentra en el fondo de la actual. O, quizá, sería mejor afirmar que únicamente estamos en presencia de distintas fases de una misma crisis permanente derivada de la existencia de un partido político que refleje con exactitud los intereses de la derecha esilvestrada. La UCD, como partido interclasista y coalición electoral, aunque defiende, y de qué manera, la política de este bloque social, se mece en una serie de contradicciones internas —producto de su antagónica base social— que le impide ser reconocido fundamentalmente como una expresión política estable y consolidada en esta coyuntura de la derecha española.

Es por eso que este bloque social, tras haber logrado el asalto a los pactos de la Moncloa, crisis de finales de febrero, quiere ahora rematar su triunfo con el asalto al palacio de la Moncloa. No se trata, como podría desprenderse de una observación superficial, de provocar la salida del presidente del Gobierno —salvo que sea estrictamente necesario—, sino de hacer entrar por las puertas y ven-

tanás del palacio presidencial, como auténtico centro de poder de la UCD, la línea política que el bloque sociopolítico de la derecha estima en estos momentos como más conveniente y oportuno para sus intereses.

Al igual que ocurrió tras la firma de los pactos de la Moncloa, ocurre ahora. Presión de la CEOE hasta límites increíbles, división del partido gubernamental, reaparición de las opciones políticas "extraucedistas" —la gran derecha del invierno es la nueva mayoría de la primavera— como aspectos coordinados de una misma ofensiva para que el Gobierno culmine el doblegamiento que inició. Si entonces la presión recordaba la situación existente en el primer semestre de 1976, en el que la derecha reclamaba un giro democrático al Gobierno Arias, la presente crisis nos trae a la memoria el amplio movimiento sociopolítico desarrollado por la derecha durante el último invierno para que el Gobierno Suárez girase a la diestra. La negativa del primer político y la aceptación del segundo —no está de más tenerlo muy presente— es la razón de que uno esté fuera del poder y otro se mantenga en él.

Incluso la misma larga huelga de la enseñanza recuerda aquella extraña dura huelga del personal de aeropuertos en la que el anterior ministro de Transportes jugó un papel tan peculiar. El endurecimiento de este conflicto de los enseñantes, la dureza de las negociaciones de los convenios colectivos y la desproporcionada ofensiva contra el proyecto de Ley de Acción Sindical se inscriben también en esta estrategia del disenso interno de UCD y de la finalización del consenso entre la derecha y la izquierda. Asimismo, la reunión de parlamentarios españoles con dirigentes de la OTAN, al tiempo que el presidente del Go-

bierno manifiesta su deseo de posponer la discusión hasta después del referéndum constitucional, y la enorme amenaza que para UCD supone la unidad socialista son utilizadas en pro de la reconversión política de UCD.

Todo ello se resume en el objetivo político de conseguir una alianza expresa entre UCD y AP que dé un salto cualitativo a la existente hoy de un modo tácito, como es fácil de comprobar en cualquier votación parlamentaria. Quien mejor lo expresa es José María de Arellano cuando habla de conseguir una nueva mayoría en sustitución del forzado equilibrio que mantienen los "ucedistas". La razón de tal cambio es bastante sencilla. La proximidad de las elecciones municipales y de las nuevas legislativas hace que la participación gubernamental sea muy apetecible, dado que no es lo mismo concurrir desde o fuera del aparato de poder. La única forma que tiene la derecha de cambiar su propia correlación de fuerzas internas consiste precisamente en que algún otro grupo o personalidad pueda rentabilizar electoralmente una presencia política ministerial, para que no sea Adolfo Suárez y la UCD únicamente quienes se beneficien desde el Ministerio del Interior.

Tres respuestas centristas

Esta amplia operación convergente sobre UCD, presión desde fuera como catarsis y desde dentro como caballo de Troya, es la que provoca la agudización de la crisis del partido gubernamental al existir distintas hipótesis de respuestas a la ofensiva de la que viene siendo objeto. Aunque cada una de ellas aparezca mezclada con los más variados ropajes retóricos y argumentaciones secundarias, lo esencial consiste en cómo responder a la exigencia de la realización de una clara política de derechas, sin ambigüedades e "izquierdismos", por parte de los intereses sociales hegemónicos que representa UCD.

Fuera de divergencias verticales —aborto, divorcio, anticonceptivos, laicidad, etc.—, la división es horizontal: ¿de qué lado hay que colocarse?, ¿junto a o contra la presión? Interrogantes cruciales que



Adolfo Suárez con el ministro de Justicia, Landelino Lavilla, cuyo nombre suena como comisario político de UCD por delegación del presidente.

el presidente del Gobierno, al menos hasta ahora, intenta soslayar aplazando las respuestas para la finalización del proceso constituyente. De este modo, la primera respuesta, por el peso específico presidencial, es precisamente la ausencia de respuesta y ganar el tiempo parlamentario que resta hasta el otoño con el apoyo de la minoría catalana y el sostén incondicional que le ofrece el PCE, limitándose ministerialmente a admitir en el Gobierno a representantes sociales de la derecha y no a representantes políticos de otros grupos minoritarios de la misma derecha. En síntesis, Adolfo Suárez no dice ni sí ni no en este crítico momento, sino que plantea una nueva pregunta: ¿cuándo hay que culminar el giro hacia la derecha, en la primavera o en el otoño?

Por el contrario, la segunda respuesta, por el peso que da ser mayoría en el seno del partido, estima que es preciso finalizar el viraje antes de que llegue el verano, independientemente de tenga o no una formulación gubernamental. Este sector mayoritario, compuesto esencialmente por democristianos, liberales e independientes, estima que no debe demorarse mucho más la aplicación sin reservas de una política de derechas en una serie de aspectos problemáticos que voluntariamente no se tocan, como podría ser, por ejemplo, el mismo tema de la OTAN o el de medios de Comunicación Social del Estado, etc. En definitiva, el ala mayoritaria, con

bastantes conexiones con AP y demás "extraucedistas", que busca configurar definitivamente a UCD como el gran partido de la derecha civilizada, que establezca las alianzas necesarias para gobernar y que elimine a la minoritaria ala izquierda socialdemócrata dirigida por Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Hacienda; mientras que los "extraucedistas" remodelarían a su vez AP, depurando al sector más representativo de los tiempos de la dictadura, para hacerla más presentable de cara a un hipotético pacto.

Pero ahí radica justamente la tercera respuesta centrista protagonizada por los segmentos más débiles cuantitativamente de UCD, pero más imprescindibles cualitativamente para que el partido gubernamental pueda seguir manejando la etiqueta de centro. La negativa más rotunda a esta hipótesis ha sido ya expresada por el propio Francisco Fernández Ordóñez al advertir la posibilidad de ruptura de UCD si el ala derecha consigue sus objetivos. La discrepancia se manifiesta hasta en el tema de la OTAN, en el que el ministro de Hacienda defiende la necesidad de un referéndum para decidir si entramos o no en esta organización militar supranacional, en coincidencia con el PSOE y abierta diferenciación del resto de la UCD. Ya era evidente cuando la caída del profesor Fuentes Quintana que la permanencia del actual ministro de Hacienda no encajaba y que tarde o temprano el eje de la crisis radicaría en conseguir su

dimisión. Por ahora, la nueva presión ha conseguido que, a los cuarenta y cinco días de su primer triunfo —la remodelación gubernamental—, Francisco Fernández Ordóñez haya tenido que recurrir a esta seria advertencia.

Por supuesto que esta clasificación esquemática que gira en torno a la contradicción en primer plano, coincidiendo con la contradicción fundamental, se ve entrecruzada por numerosas subdivisiones que recogen múltiples contradicciones secundarias, tanto a nivel nacional, regional, local o de clanes personales. Porque, además, es preciso tener en cuenta, para calibrar el grado crítico de la crisis, el hecho de que no sólo UCD no es un partido, sino que, incluso, los distintos partidos que la forman tampoco lo son ni lo han sido nunca. Hablar de liberales, socialdemócratas o cristiano-demócratas es claramente desorbitado, dado que únicamente existen grupos de amigos o seguidores de Joaquín Garrigues, Fernando Álvarez de Miranda, Francisco Fernández Ordóñez, Rodolfo Martín Villa, etcétera, que reproducen el mismo caos orgánico que es UCD.

Panorama confuso y ambiguo, donde muchas veces predomina el interés por encima de una muy débil presencia ideológica, que facilita extraordinariamente la presión del bloque sociopolítico de la derecha. Introducir el cuchillo en esta auténtica "manteca" política es una tarea fácil, como ya demostró con creces el éxito de la primera fase de la ofensiva de los

círculos de derecha y como demostrará asimismo el desenlace de esta nueva crisis. Porque cuando uno se inclina, el grado de inclinación no lo marca el presionado, sino el que presiona.

Nuevas batallas

La única incógnita reside en si van a poder contemplar su victoria, reconvertir UCD, antes o después del otoño. Evidentemente, todo va a depender de las posibilidades que tenga Adolfo Suárez de poder mantener el "statu quo" de aquí a la finalización del proceso constituyente.

Y en este largo intervalo hay variantes que pueden cambiar de signo en cualquier momento: el apoyo de Jordi Pujol, muy condicionado por la decepción existente en Cataluña tras conocerse los parcos resultados del último viaje de Tarradellas a Madrid; los porcentajes de UCD en las elecciones senatoriales de Alicante y Oviedo, donde la victoria del PSOE parece irreversible; las vicisitudes del debate constitucional, en los que puede volver de nuevo a brotar el germen crónico de la indisciplina parlamentaria; las consecuencias de la unidad socialista y de su "efecto multiplicador", etcétera.

Sin olvidar que la misma convocatoria del I Congreso de UCD, sistemáticamente aplazado, y el nombramiento de un "segundo" que coordine el partido, va a agudizar la lucha interna tanto si se celebra como si no, así como la personalidad sobre quien recaiga el puesto de "vicejefe" de UCD agravará la tensión al recaer sobre una de las familias políticas en concreto. Todo apunta, pues, a una intensificación de las pugnas, sólo frenada en parte por la proximidad de un proceso electoral municipal, y quizá legislativo, en el que la necesidad que tiene la derecha de disminuir el porcentaje de la previsible victoria del PSOE es la única tendencia centripeta que impide la total centrifugación del partido gubernamental.

Porque bien pudiera ocurrir, y en este sentido da igual que la presión triunfe antes o después del otoño, que quienes intentan ahora asaltar el palacio de la Moncloa —para rematar su anterior asalto a los pactos de la Moncloa— se encuentren con que consiguen su objetivo poco antes o en el mismo momento en que las urnas designen un nuevo inquilino para el palacio presidencial y presencien finalmente cómo un sector minoritario de UCD se queda en la sede presidencial. Ya que, de cualquier modo o manera, en primavera o en otoño, UCD está condenada a sufrir una escisión como consecuencia de la victoria total del giro a la derecha o como efecto del éxito de la alternativa de poder del PSOE. ■